

vos lejanos y dulces, aplicados á los *valles de la opuesta orilla*, no pueden ser ni más propios ni más expresivos.

No faltará quien diga que ya pasó el tiempo de las reminiscencias mitológicas, y que se deben romper estos moldes del arte antiguo; pero yo no veo qué inconveniente haya en conservarlos, siempre que se consideren como símbolos de ideales más puros y más elevados. Así no se *paganiza* el cristianismo, como han dado en decir los enemigos de los estudios clásicos; lo que se hace es hermohear las más altas concepciones del entendimiento humano con las galas de la fantasía privilegiada de los helenos; y cabalmente la grande obra del Renacimiento en la esfera del arte, fué sellar la alianza de esa imaginación con la inteligencia, y todavía más, con la fe cristiana.

Creo que no viene fuera de propósito citar aquí algunas palabras de dos grandes ingenios españoles, que dan á conocer cómo juzgan de la influencia que todavía ejerce la mitología en el arte:

“ Los dioses griegos, dice el Sr. D. Juan Valera, viven en nosotros, tienen en nuestras almas Olimpo y Parnaso; son ideas

“ inmortales de un pueblo que nos dió el arte, la filosofía y las letras humanas; contra todo lo cual ni la prosaica y positiva sabiduría novísima puede gran cosa, ni el Cristianismo ha querido luchar, sino que gusta de que viva, y aun toma para adorar sus verdades y sus representaciones artísticas cuanto hay en ello de hermoso y puro. Por esto dice nuestro poeta” (el Sr. Menéndez Pelayo):

“ Así León sus rasgos peregrinos
En el molde encerraba de Venusa,
Así despojo de profanas gentes
Adornaron tal vez nuestros altares,
Y de Cristo en basilica trocóse
Más de un templo gentil purificado.”

Aunque hasta aquí sólo se ha hablado de las poesías bucólicas de Pagaza, no se piense por esto que cultiva ese género con exclusión de cualquiera otro; véase como prueba la epístola que dirige á Tirsi, solicito por mitigar la pena que á éste causa la muerte de su excelente y cariñosa madre. Toda la composición está sembrada de enseñanzas filosóficas y cristianas que atavía el poeta con todas las galas de su exuberante imaginación.

Hablando de la inconstancia de las cosas humanas, nos dice:

El dolor y la dicha (y ésta escasa),
El sentimiento, el odio, los amores
Y aun el mismo recuerdo, todo pasa.
Mira en el campo las galanas flores:
Un mismo sol las tiñe en el estío
Y en invierno las quemán sus rigores.
Fija tus ojos en el fresco río;
Y advierte que unas veces se desliza
Con blaudo murmurar, y otras bravío.
Si una nube de púrpura ó pajiza
Al sonreír el alba surca el cielo
Y partida en jirones le matiza,
A la tarde trocada en pardo velo
Esconderá la luz hermosa y pura
Poniendo el mundo en confusión y duelo.
Así el triste mortal ¡oh desventura!
Liba apenas un cáliz de ambrosía
Para agotar un cáliz de amargura.
Y ten por cierto que en alegre día
Ese hermoso brillar del sol divino
Es precursor de tempestad sombría.

Teniendo presente el poeta que el dolor simpatiza con el dolor, y que el llanto del que padece es más eficaz para el consuelo que la risa del que goza, le dirige á Tirsi estas sentidas frases:

¡Podré esperar que temple tus querellas
Mi débil voz, si ves que los pesares
En mí han dejado tan profundas huellas?
Sí, ven conmigo á mis yermados lares
En donde sólo la iracunda muerte
Me deja á mí, y el tiempo dos pilares.

Imposible es analizar y ponderar el hondo sentimiento de tristeza que nos causan esos *yermados lares* en los que tal estrago ha hecho la acción destructora del tiempo, que casi no quedan ni ruinas de ellos. Quien así siente y hace sentir es verdadero poeta.

Con dolor tan acerbo contrasta la inefable alegría que llena el alma, cuando poniendo el vate la esperanza en la dicha perenne de una vida ulterior, nos dice en un bellísimo terceto:

Para el que muere luce eterno día;
Arroja ufano la gravosa carga,
Y huye del mar entrando en la bahía.

Interminable sería este prólogo, ya demasiado largo, si hubiera de analizar todo lo que deleita ó admira en el presente libro. Los pasajes que he procurado hacer conocer, revelan dotes que aseguran á su autor el título de poeta. En ellos, lo mismo que en el resto de la obra, la versifica-

ción es fácil y fluida, la rima abundante y espontánea, la dición siempre poética, el lenguaje copioso, limpio y correcto.

Su musa es á veces zagala ataviada de flores del campo, que enamora por su gracia y gentileza; á veces grave matrona que nos suspende y admira por la arrogancia y majestad de su porte.

Cuando leemos sus versos, advertimos cómo las ideas descendiendo desde las alturas de la abstracción, encarnan en las imágenes de rica y lozana fantasía, y cómo esas mismas imágenes dan calor y mayor vida á sentimientos nobles y generosos unos, tiernos y delicados otros; pero todos expresados con maravillosa verdad, así por la propiedad de la frase, como por su fiel correspondencia con el ritmo poético.

Finalmente, por lo que mira á las poesías bucólicas de Pagaza, creo que puede aplicárseles lo que Quintana dijo de las de Francisco de la Torre. En todas ellas sus
“ imágenes, sus pensamientos, y su estilo
“ no desdicen nunca de este carácter, y
“ guardan la propiedad más rigurosa en él.
“ Sus dotes más eminentes son la sencillez
“ de la expresión, la viveza y ternura de

“ los afectos, la lozanía y amenidad risueña de la fantasía. Ningún poeta castellano ha sabido como él sacar de los objetos campestres tantos sentimientos tiernos y melancólicos: una tórtola, una cierva, un troneo derribado, una hiedra caída le sorprenden, le conmueven y excitan su entusiasmo y su ternura.”

Perdóneme el lector que haya fatigado su atención con tan largo prefacio; pero cautivado por las bellezas que he podido descubrir en estas poesías, quise compartir con él las gratas impresiones que han dejado ellas en mi alma, y exponer mi manera de juzgarlas. Cierto que el juzgarlas había de reservarse para quien fuera crítico y poeta á un mismo tiempo; no para mí que no soy ni lo uno ni lo otro, como creo dejarlo bien probado en este desdichadísimo prólogo.

Quizá se me syndique de parcial, notando que he tenido elogios para los aciertos, mas no censuras para los defectos, leves sin duda; pero que no faltarán en este libro, como no faltan nunca en ninguna obra humana. A esta observación contestaré con el célebre autor de la carta á los Pisones,

Hay empero defectos que merecen
Indulgencia ó perdón, pues ni templada
El músico su cítara halla siempre,
Y en vez de un tono agudo un grave saca,
Ni siempre al blanco el tirador acierta;
Así, pues, si primores mil realzan
Un poema magnífico, no debo
Dejar de perdonar ligeras faltas,
Ora sean efectos de descuido,
O de la pobre condición humana.

(Traducción de Burgos.)

Creo que el lector benévolo, pero al mismo tiempo justo, aplicará los anteriores versos al presente libro que, según yo pienso, sobrevivirá, sin duda, á su inspirado autor.



IMPUGNACION DEL POSITIVISMO.
